

“Eucaristía: Salmo de Fraternidad”

INTRODUCCION:

Queridos hermanos, quisiera iniciar esta ponencia invitándoles a volver por un instante a nuestra infancia y recodar algún momento en el que se han sentido mal, con algún dolor o sufrieran una lastimadura.

En lo personal, recuerdo que cuando era pequeño, en esas circunstancias, mi madre me cantaba una canción que recitaba algo así: “*Sana, sana, sana colita de rana, sino sana hoy sanará mañana*”. Han pasado muchos años y aún la recuerdo.

Seguramente a muchos de ustedes esta invitación les traerá recuerdos similares, ¿qué les cantaban sus seres queridos? ¿Qué les decían? ¿Se acuerdan de alguna canción de cuna?

Pero, un momento, retomo la canción de mi infancia: “*Sana, sana colita de rana, sino sana hoy, sanará mañana*”. No sé cómo podrán traducir los hermanos que están al servicio de la traducción simultánea esta expresión a otras lenguas.

Estamos ante una expresión muy común en países latinoamericanos. En lo personal puedo decir que parecía milagrosa.

Pero ¿dónde estaba el poder de ese canto para curar y aliviar mis heridas? ¿En las palabras que contenía? ¿En su coherencia semántica? Evidentemente no.

¿Se hallaba en la afinación de la cantante? No lo creo, aunque la música, especialmente el ritmo, como una cualidad de la lengua, puede tener que ver en el proceso de alivio y calma de un ser humano, ya que, de hecho, somos gestados en el tiempo del ritmo del corazón materno.

Pero la experiencia me ha hecho pensar que la razón de ser de la cura o el alivio no estaba en lo que se decía sino en la autoridad *de quién lo decía*, y en *cómo lo decía*, es decir, con el amor, el cariño, la ternura y la confianza que provocaba el contacto y la presencia mediada en la canción.

El canto, si me permiten decirlo así, era como un *sacramento de amor* ya que, a través de él, mi Madre me expresaba su ternura y lo hacía sensible en mi vida.

Hoy estamos aquí reunidos en el Congreso Eucarístico Internacional para reflexionar en torno a la “*Eucaristía como salmo de fraternidad*”.

Quisiera aclarar que no soy un experto en música, aunque cante. Canto no porque tenga la finalidad de *cantar* sino porque he buscado siempre *contar*. Es para mí un honor que me

hayan invitado a este espacio de reflexión en este maravilloso Congreso Internacional y si me permiten quiero hacerlo desde y *con un corazón catequista*. Esa es mi vocación y mi misión, soy un *catequista que canta* y mi ideal de vida hallado es del *cantar su amor por siempre*.

En este ser catequista, canto y también formo parte de la misión digital junto a tantos otros hermanos en el mundo, que nos descubrimos llamados por el Señor y acompañados por la Iglesia para *ser y estar*, para escuchar, acompañar y anunciar la Buena Noticia en la cultura digital.

La música me ha permitido conocer en persona a los hermanos que encontraba y compartía en las redes sociales. Traigo a la memoria el abrazo de tantos que luego de un concierto me han dicho: ahora te conozco en persona. Una forma de concretar esa vocación a la fraternidad mencionada en el Documento que nos orienta¹.

Estos hermanos me han compartido su vida, sus historias, sus alegrías, pero también sus sufrimientos y me han contado cómo la música los ha ayudado a vivir y expresar su fe.

No hace falta indagar mucho para saber que la música es un lenguaje significativo en la transmisión de la fe a las nuevas generaciones, especialmente a aquellas que no vienen a nuestras comunidades, aquellas que no frecuentan nuestros templos, no hablan con Dios, incluso aquellas que ya ni escuchan hablar de Dios.

Soy testigo de cómo la música y el canto pueden ayudar a volver a la Iglesia, la vida comunitaria y la participación en la cena del Señor.

Hace unos pocos días el Papa Francisco decía:

*“La música en la liturgia no es un elemento ornamental, sino parte integrante y necesaria de ella (Sacrosanctum Concilium, 112), contribuye junto con los demás lenguajes de 2 los que se compone la liturgia a la epifanía del misterio celebrado. En efecto, en el canto los fieles viven y expresan su fe. San Pablo VI escribió sabiamente a este respecto: «Si los fieles cantan, no abandonan la Iglesia; si no abandonan la Iglesia, conservan la fe y la vida cristiana» (Discurso a la Asamblea Plenaria del Episcopado de Italia, 14 de abril de 1964).”*²

¹ Documento Base 17

² Mensaje del Santo Padre Francisco con ocasión de la 74ª Semana Liturgia Nacional. 21-08-2024

ESCUCHAR QUÉ SE CANTA

Venimos desde hace unos días reflexionando en torno a nuestro mundo herido y en relación con esto avanzaré con más preguntas:

Este mundo que se encuentra herido y lastimado: ¿qué es lo que escucha? ¿cuáles canciones se le ofrecen en esta situación que atraviesa? Y por otro lado no solo quisiera preguntar qué escucha sino también qué canta.

La música puede servirnos de termómetro.

Quizás un indicador fuerte de la decadencia moral en muchas nuestras sociedades contemporáneas son las canciones y su contenido, de modo especial el que escuchan nuestros hijos, nuestros niños, niñas y adolescentes.

Solo basta prestar atención a las playlists en las plataformas digitales, encender las radios o canales de música para detectar todo tipo de violencia normalizada. Como, por ejemplo, violencia de género, violencia física, verbal, racial, violencia sexual, etc. Hoy mucha de la música que consumen nuestros hijos es una verdadera pornografía auditiva.

Pero también podemos detectar que hay una *sed por algo más* en la inmensa cantidad de playlist que surgen y que buscan la relajación y la calma. Por ejemplo, las listas de meditación con sonidos de naturaleza. Como si el ser humano, en lo profundo de su corazón tratara de resistir a una invasión sonora y pusiera de manifiesto *una nostalgia* por algo lo llene y no lo deje más vacío de lo que se encuentra.

Sin embargo, quisiera marcar un peligro en estas “nuevas” búsquedas y es que muchas veces aflora una demanda individualista y evasiva, como un cortar conexión con todo, incluso con los demás y casi encarnando la idea de que el otro es un mal inevitable. Se consume cada vez más música, pero solos. Mucha música, aún amontonados en un espacio o estadio, pero poca en comunidad.

Puede que un símbolo de este tiempo sean *los auriculares “in ear” con cancelación de ruido*. Esta cancelación del entorno, de lo exterior puede ser un indicador de cómo se cancela a todo lo otro, incluido a los demás, incluido a Dios.

La música puede expresar lo más noble del ser humano, pero también lo peor. Hemos visto a lo largo de la historia ciertas melodías que acompañaron procesos que buscaban poner de manifiesto la dignidad de la persona humana como, por ejemplo: “We shall overcome”, “Solo le pido a Dios”, “Himno a la alegría”, entre otras, muchas otras. Pero también hemos sido testigos en estos últimos siglos de otras que se gestaron y usaron con el fin de provocar el desencuentro y la destrucción: himnos de intolerancia, racismo, violencia y destrucción. Entonados en manifestaciones públicas, actos políticos o en estadios deportivos.

Por eso vuelvo a las preguntas originales y lo lanzo como desafío permanente, sobre todo en el tiempo de *proceso sinodal* que transitamos:

¿Qué escucha y qué canta el mundo de hoy?

Es importante que, como Iglesia que es experta en humanidad, tengamos los oídos entrenados al estilo del Señor, para descubrir los gritos actuales y los rostros nuevos que emergen del sufrimiento de hoy, eso que el documento base nos define como “*nuevas heridas que van lacerando el mundo que vivimos*”.³ Necesitamos escuchar para indagar en los silencios contemporáneos de aquellos que no tienen voz, para iniciar o retomar el diálogo, conocer y así poder anunciar con una voz nueva y significativa ese canto que es capaz de sanar y hacerlo todo nuevo.

³ Documento Base 19

LA MÚSICA Y LA FE

Así como los Padres Capadocios apelaron al término griego de la danza para hablar de la Trinidad, también la música nos puede ayudar en la reflexión de la Eucaristía, de este misterio y gracia que hemos recibido y que estamos llamados a convidar.

El mundo de hoy necesita de un canto nuevo y con esto no me refiero nuevas composiciones sino a la Eucaristía como canto totalmente nuevo por la novedad que contiene.

La música siempre estuvo presente en la historia del Pueblo de Dios. Ella jugó un papel relevante en la adoración en el Antiguo Testamento. Podemos ver como cada acontecimiento y vivencia importante del pueblo de Israel está vinculado a una canción. Y es que la Sagrada Escritura comprende la música *como un lenguaje para hablar con Dios*.

De modo especial los salmos. Estos son diversos: algunos expresan alegría y otros lamentos. Los hay de alabanza, y los hay también de clamor y súplica. Los hay de deleite en momentos de amistad con el Señor, y también los de pedidos de perdón. En definitiva los salmos expresan y manifiestan la vida de fe del pueblo que canta.

El famoso dicho popular *“dime con quién andas y te diré quién eres”* lo podemos reformular de la siguiente manera: *“Dime qué cantas y te diré qué crees, cómo estás, cómo vives, qué esperas, qué deseas”*.

De modo especial dentro de los salmos hay un verso que expresa este deseo de fraternidad que hoy nos convoca en la reflexión y que también cita el Documento Base.

«¡Qué bueno y agradable es que los hermanos vivan unidos!» (Sal 133, 1)

El salmista con este elogio pone de relieve la necesidad de la unión entorno al Templo de Jerusalén. Estamos ante una unión anhelada. Una especie de grito: ¡Miren! Que es un llamado, una invitación a vivir la experiencia, a no quedarse en el deseo, en las intenciones, en los propósitos y declaraciones, en las teorías y documentos, que tantas veces nos sucede, sino en gustar, saborear, probar y más aún, *en encarnar la fraternidad*.

Este anhelo expresado en el salmo nos hace cuestionarnos: ¿Por qué no sucede? Y para eso tenemos que remontarnos a una pregunta que aparece en los orígenes cuando Dios interroga a Caín: *“Caín, ¿dónde está tu hermano?”*

El Documento Base lo expresa:

“La humanidad lleva inscrita en sí una vocación a la fraternidad, pero también la dramática posibilidad de su traición”⁴

“¿Dónde está tu hermano?” es una pregunta incómoda si las hay.

Hoy también sigue incomodando. Lo vemos presente en un mundo que no quiere escucharla y pareciera contestar como Caín: ¡qué me importa! ¿Qué tengo que ver yo? ¡No tengo hermano!

La pregunta de Dios nos cuestiona también como pueblo creyente, o al menos, debería incomodarnos más, es decir despertarnos de la comodidad, de nuestros esquemas y seguridades. La pregunta de Dios a Caín, también se actualiza en la queja del hermano mayor de la parábola del Padre Misericordioso. Una especie de Caín disimulado, mejorado, que no mata, pero no deja entrar en la fiesta. Un Hermano Mayor que no siente hermano, por ende, no puede entrar en la fiesta fraterna, no le sale cantar ni sumarse al canto fraterno.

Si hacemos un silencio fecundo, podremos escuchar a Dios que también hoy está cantando...

¿Dónde está tu hermano que sufre la guerra?

¿Dónde está tu hermano atrás de un cerco en la frontera?

¿Dónde está tu hermano que hoy no tiene para comer?

¿Dónde está tu hermano atrapado en la droga?

¿Dónde está tu hermano que en su adolescencia ya no tiene sueños para vivir?

¿Dónde está tu hermano que sufre abusos?

¿Dónde? ¿Está aquí? ¿Está en tu comunidad? ¿Dónde está tu hermano que ya no viene al templo?

¡Miren qué bueno y delicioso es que los hermanos estén juntos!

Este salmo que es un deseo se ha concretado radical, total y definitivamente en una mesa, en Jerusalén, unas horas antes de que el Maestro entregara su vida en la cruz.

“La respuesta de Dios Padre al anhelo de fraternidad humana está en la persona de Jesucristo, que se ha hecho Pan de vida por amor para sanar las heridas del mundo”⁵

⁴ Documento Base 17

⁵ Documento Base 55.

Desde esa última cena y hasta el fin de los tiempos la Iglesia no ha cesado de cantar este salmo de fraternidad.

La Eucaristía, su presencia real, es el remedio para las heridas del mundo y también como nos recuerda el Documento base un antídoto contra las “*espiritualidades intimistas*”⁶ que también se suelen meter dentro de nuestras búsquedas.

La Eucaristía es el canto nuevo que el mundo de hoy necesita escuchar pero que, lamentablemente, muchos ya no conocen, por eso *urgen encontrar caminos de fraternidad*⁷ para salir a anunciar y evangelizar. La música es uno de ellos.

La eucaristía es ese canto **NUEVO** que el mundo necesita porque la eucaristía es Cristo. Y, como nos enseñó San Ireneo de Lyon, “*Cristo trajo toda novedad, trayéndose a sí mismo*”.⁸

La eucaristía expresa, manifiesta, y realiza el anhelo de fraternidad: Felices los invitados al banquete.

⁶ Documento Base 51.

⁷ Documento Base 42

⁸ San Ireneo de Lyon, Contra los herejes LIBRO IV, 4. <https://www.clerus.org/clerus/dati/2004-06/23-15/patconh5.html>

LA IGLESIA QUE CANTA

Me detengo ahora en algunos aspectos de la música y el canto que pueden ayudarnos a profundizar en esta reflexión sobre la fraternidad:

Veamos algunas posibilidades que ofrece la música:

La música es capaz de convocar: Seguramente habrán visto como alguien comenzó a cantar o interpretar un instrumento musical y pareciera que el auditorio se despertaba y se sentía atraído, casi como con un imán. El canto fomenta la unidad. Hay muchos videos en redes sociales de cómo personas se van congregando en un determinado espacio y las voces dispersas van recreando una maravillosa canción.

La música es capaz de evocar: Esta nos trae a la memoria acontecimientos, experiencias e historias. También es capaz de evocar nuestro credo. Con ella podemos aprender también del misterio que creemos y celebramos. La música ayuda a la memoria colectiva. Pero el canto no es solo evocar el pasado, sino actualizarlo.

La música también provoca: Esta despierta, por algo en el ámbito del cine se la utiliza con tanta frecuencia. No solo que permite expresar, sino que colabora en la realización y alimenta.

San Agustín en sus confesiones nos dice al respecto:

*«Cuántas lágrimas he venido, qué violenta emoción he experimentado, Señor, ¡al escuchar en vuestra Iglesia los himnos y cánticos que os alaban! Al mismo tiempo que aquellos sonidos penetraban en mis oídos, vuestra verdad se derretía en mi corazón y excitaba los movimientos de piedad, y corrían mis lágrimas».*⁹

Esto es porque el canto es performativo, hace bien a quien canta y a quien lo escucha. Es una *epifanía del Misterio*¹⁰ como lo llama Jorge Piqué Collado.

La música expresa. Esta manifiesta una idea, pero también un estado de ánimo, un sentimiento, un deseo o una actitud interna. Llega incluso donde la palabra sola muchas veces no lo logra. El canto es educador en la fe. Es confesante de la fe.

El canto también puede ser profecía, denuncia de la injusticia presente, del pecado personal y comunitario. Y un anuncio y un pregonar lo que viviremos en el cielo.

⁹ San Agustín, Confesiones. Capítulo VI.

¹⁰ Jorge Piqué Collado, Experiencia, empatía y conversión: una teología de la música como epifanía del Misterio / 425 – 434. Scripta Theologica. Volumen 42, Número 2. Universidad de Navarra. 2010

Cuando la Iglesia canta: evoca y tiene memoria de lo que Dios ha hecho en ella, con ella y a través de ella.

Cuando la iglesia canta: invita al convite, para que sus hijos participen de La Vida.

Cuando la Iglesia canta: expresa y manifiesta su fe, esa que se gloria de profesar.

Ahora bien ¿Por qué la Iglesia canta? Porque está enamorada, ella es la esposa del cantar de los cantares y cuando uno ama, canta. Y también lo hace porque es Mamá. Una Mamá que canta a sus hijos para educarlos en la fe.

La Iglesia no canta de sí misma, no debe ser interprete de un canto autorreferencial ya que, si lo hace, empieza a desafinar y desentonar. Y más que interpretar notas musicales lo que terminará haciendo es ruido.

La iglesia si es que canta de sí misma, es porque se reconoce auto implicada en el anuncio, ya que es testigo lo que el Señor hizo, hace y hará en ella, hasta el fin de los tiempos.

Cuando el pueblo de Dios canta, pone de manifiesto la unidad, tan deseada. No canta cada uno lo que quiere, sino que cantamos un mismo canto. Aunque claro, como una polifonía, hay que respetar y promover las distintas armonías, que bien interpretadas no solo no entorpecen, sino que enriquecen y embellecen.

Utilizando la metáfora de la polifonía, que tanto se usa pero que no siempre se evidencia en la práctica, no hay que tener miedo a las armonías diversas, como carismas diversos. Este amor fraterno pone de manifiesto una sinfonía, que es también parte de la gran sinfonía universal de la creación de Dios.

Hay un antiguo texto fuera de las fuentes sagradas que pone de manifiesto lo importante que era cantar para los primeros cristianos. Me refiero a la llamada carta de Plinio a Trajano:

“Tenían por costumbre reunirse un día señalado antes del amanecer, cantar entre ellos, de manera alterna, en alabanza a Cristo como si fuera un dios”¹¹

Hoy también estamos llamados a cantar nuestra Fe, nuestra esperanza y nuestro amor. Pero cuidado: Hay un canto que a Jesús no le gusta, y, es más, lo detesta. Es el canto de aquel que no encarna lo que canta.

“«Este pueblo me sirve de palabra y me honra con la boca, pero su corazón está lejos de mí”¹²

Es el tan temido peligro de la Hipocresía, de aquel que en el fondo finge algo que no es.

¹¹ <https://summa.upsa.es/high.raw?id=0000003046&name=00000001.original.pdf>

¹² Mateo 15, 7-9

Una reprensión de Cristo que pareciera decirnos:

¡A que viene cantar este salmo de fraternidad si no encarnas aquello que cantas!

¡A qué viene con que te sientas defensor de este sagrado misterio de comunión y luego promuevas cismas por todos lados!

¡A qué viene con que uses el santo sacramento del altar como estandarte de soldado que lucha descalificando, provocando divisiones, contiendas y peleas en el seno de mi cuerpo místico!

¡A qué viene que cantes en la celebración frases como “juntos como hermanos, miembros de la iglesia” y luego promuevas la desobediencia y el quiebre de la comunión con los sucesores de los apóstoles de las iglesias locales y de modo especial con el sucesor de San Pedro!

¡A qué viene Canta Lengua si esa misma Lengua la usas como espada para con tus hermanos!

Que golpe será si el Señor al termino de nuestras vidas nos diga:

Eras como ese pueblo que me honraba con sus labios, pero su corazón estaba lejos de mí. Cantabas...sí, pero no eras eso que cantabas.

Cantaste bonito, afinado, pero nunca te hiciste canto.

LA IGLESIA QUE SE HACE CANTO

La eucaristía es salmo de fraternidad, y este canto está llamado a encarnarse.

El mejor canto que podamos componer, la música más bonita que podamos interpretar es la vida. Una comunidad sana se hace canto a partir de lo que canta.

Debemos dejarnos transformar por este sublime salmo de fraternidad y así, también nosotros SER canto de fraternidad para los demás, en nuestras casas (primer lugar), en el trabajo, en el estudio, en la sociedad, en las comunidades y en todos nuestros ámbitos, de acuerdo con el particular llamado de cada uno.

No solo estamos llamados a entonar el salmo de fraternidad, que es la Eucaristía sino en ser ese canto. Como nos dice el Documento Base:

“Este es el prodigio de la comunión: ¡Nos convertimos en lo que recibimos!”¹³

Culmino regresando a la imagen inicial. Si el canto de mi madre podía aliviar mi dolor, era porque ella era el canto. No daba lo mismo que lo cantase ella o un extraño. Con esta imagen quiero que nos quedemos.

Un desafío constante: El de ser una Iglesia Mamá que nos cante de Dios pero que sobre todo sea canto de Dios.

¹³ Documento Base 33